

nubes de polvo á su derredor, ha podido oscurecer la luz que brilla más que el sol en el cielo, luz que Dios imprimió en nuestros corazones: *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine*. Si no han creído es porque no han examinado la verdad, pues vemos que esos hombres se dedicaron exclusivamente á leer el Alcoran y los sueños del paganismo, y apenas tenían una tintura de la historia sagrada y de los misterios y grandezas de la Religion. Esto no obstante, se blasfema contra la Religion, porque el tono y la moda del siglo es blasfemar; esto no obstante, hay hombres que con tono decisivo afirman que ellos son incrédulos, no porque dudan, sino porque despues de haber leído, meditado, estudiado y profundizado, han descubierto que los dogmas son una ilusion, y que su incredulidad está basada en sólidos raciocinios y en luces ciertas. Teneis aquí una incredulidad sábia; teneis un incrédulo que lo es porque no duda; mas pronto vereis que su locura es tan grande como su arrogancia.

Toda doctrina debe tener fundamentos ó autoridades que subyuguen la razon, ó ha de estribar en pruebas que la convenzan y satisfagan; para decidir entre la Religion y la incredulidad, es necesario pesar las autoridades que favorecen á la una y á la otra, y ver á qué lado se inclina la balanza; mas yo os digo desde ahora que la autoridad en que está apoyada la Religion es grave, imponente é irrefragable, miéntras que las autoridades que se le objetan son frívolas, despreciables y nulas.

La autoridad en que está basada la Religion es imponente é irrefragable; examinemos sus libros; salgan á luz las escrituras de ambos Testamentos, escrituras conocidas en todo el mundo con el nombre de divinas, y donde no se encuentra cosa alguna que no convenga con el título que llevan. ¡Cuánta no es la autoridad del Pentateuco, de este libro más antiguo con muchos siglos de diferencia que todos los demás libros, y el cual, léjos de

ser un ensayo informe, aventaja á todas las otras producciones humanas en perfeccion y bellezas, tanto cuanto dista la tierra del cielo! ¡Que poesías tan sublimes las de Job y de David! ¡Qué elocuencia, qué sabiduría tan profunda, qué tesoros de ciencias y conocimientos no se hallan en Isaías, Jeremías, Ezequiel y los otros profetas! ¿Hay algo que no se encuentre en este libro divino? Allí se lee el origen del mundo y de los hombres, los fundamentos de todas las historias, la verdad de todas las fábulas, que componen las antigüedades de los pueblos; allí se ve el manantial de todas las ciencias naturales y sobrenaturales, divinas y humanas; y este libro, que trata de guerra y de paz, de religion y política, de poesía y de dramas, de artes y agricultura, de elocuencia y de filosofía, y de cuanto puede ocupar el espíritu humano, se ve expuesto hace tres mil años á la discusion de los hombres, sin que nadie haya podido hallar en él ni una tilde que no sea conforme á la razon y á la verdad. ¡Cuántas veces los cálculos, los descubrimientos, las investigaciones de la vana filosofía se han estrellado contra la solidez de este libro divino! Y para no alejarnos de la época nefasta en que vivimos, baste decir que toda la filosofía del siglo pasado con todas sus baterías se deshizo ante los oráculos de Moisés, despues de haber hecho mil imposibles para acreditarlos de mentirosos.

¿Os hablaré del Testamento Nuevo, y del divino Evangelio, del cual los más famosos incrédulos confiesan que se halla revestido de una majestad que admira, y que respira una santidad, que á pesar suyo habla á su corazón? ¿Os repetiré con uno de los más sábios filósofos de la última secta, que un libro semejante no puede ser obra de los hombres, y que tiene caracteres de verdad tan pronunciados, tan grandes é inimitables, que si hubiesen salido sus páginas de manos humanas, sería más admirable el inventor que el héroe que describen? Sí;

la autoridad de los libros santos es imponente é irrefragable.

Recorramos ahora sus hombres. ¿Qué secta ó nacion presentará un legislador como Moisés, unos héroes tan aguerridos como Josué y Gedeon, unos sacerdotes tan sábios como Aaron, Fines y Onías, unos magistrados tan íntegros como Samuel, unos Reyes tan santos como David y Ezequías, unos atletas tan fuertes y religiosos como los Macabeos, unos defensores tan intrépidos de la Divinidad como los Elías y Elíseos, los Isaías, los Jeremías y Danieles? Sería necesario nombrar á todos los Patriarcas, á todos los Profetas, á todos los justos, desde el primer hombre hasta el sacerdote Simeon y la profetisa Ana. Pero ¿qué hombre hay, hubo ni habrá mayor que Jesus? ¿Quién podrá compararse con este Sér divino, en quien los más sábios de los incrédulos reconocen una santidad sobrehumana, una doctrina celestial, unas costumbres purísimas y una muerte tan admirable en todas sus circunstancias, que arrodillados ante él se han visto precisados á exclamar, «que si Sócrates murió como sábio, Jesus murió como Dios?»

Después de haber hablado del Fundador divino del Catolicismo, inútil es recordar la autoridad de sus Apóstoles, su profunda sabiduría, sus conocimientos sublimes, su vasta erudicion, que no aprendieran ni en la escuela de Jerusalem, ni en el Foro de Roma, ni en las aulas de Alejandría, ni en el Areópago de Atenas; era su ciencia inspirada por el cielo, y con ella y los milagros convirtieran al mundo y lo convencieran en sus errores. Mas ¿qué autoridad tan respetable no presenta esa gran muchedumbre de Doctores y maestros que, empezando en los Apóstoles, continuó en los Ireneos é Hilarios, en los Atanasios y Cirilos, en los Crisóstomos, Agustinos y Jerónimos, en los Gregorios y Leones, en los Leandros é Isidoros, en los Bernardos y Damianes, hombres todos

llenos de ciencia y virtud, que como por herencia la transmitieron á otros, atravesando intactos sus conocimientos y luces al través de los siglos de barbarie, en que las armas y las conquistas ocupaban únicamente la atención de los hombres? Y ¿cómo defendieron estos hombres la Religion? Separados unos de otros por los tiempos y lugares, todos han sostenido la misma verdad contra miles de adversarios; todos unieron á las admirables producciones de sus ingenios, una dialéctica irrefragable, una inocencia de costumbres que admira, una pureza de estilo en que exceden á los más elocuentes oradores de la antigüedad, como puede verse en esas obras que aún andan entre nosotros, y en las cuales los nombres de los Pios y de los Benedictos, con todos los de los demás sucesores de Pedro, están inmortalizados.

A esta respetable autoridad pudiera añadir la de los muchos millones de mártires que por defender la Religion dieran su vida en el Oriente y el Occidente, en Roma y en Cartago, en el África y el Asia; pudiera traer á vuestra memoria aquellos tres siglos de sangre derramada y de victorias conseguidas; pudiera recorrer aquella época feliz en que el paganismo, vencido por la paciencia de los cristianos, confesó la nulidad de sus dogmas y ritos idolátricos, y, enarbolando el sagrado estandarte de la Cruz, hizo que militasen bajo de él las legiones y los pueblos; pudiera añadir el testimonio del tiempo y de la duracion; porque este mismo tiempo, que sólo sirve para destruir las obras humanas; este tiempo de volubilidad y vicisitudes; este tiempo que al fin endereza las locuras de los hombres y los convence de los yerros que cometieron las generaciones pasadas, es el mayor testigo de la verdad de la Religion; sí, seis mil años há que existen las mismas creencias, inspiradas por Dios á Adán, á Abraham, á Moisés, á David, creencias realizadas en Jesusucristo, engrandecidas y divinizadas en Él y por Él, y

éstas creencias duran aún, sin que despues de tantos ataques, despues de tantas revoluciones, despues de tantos trastornos como ha habido en los reinos y naciones, se haya mudado un ápice de lo que creyeron los Patriarcas, de lo que anunciaron los Profetas, de lo que enseñó Jesus, de lo que predicaron los Apóstoles, de lo que atestiguaron los mártires, y de lo que la Iglesia enseña. Recorred el mundo; id de uno á otro polo, y en la China como en la India, en la América y el Asia, encontrareis católicos, cuyas costumbres se diferencian por las influencias del clima, de los hábitos y educacion nacionales, mas todos están unánimes en confesar la misma fé que enseñó el Apostolado, y que la Iglesia como depositaria de la verdad sostiene, sin otras armas ni esfuerzos que la influencia directa de Aquél que la prometió su asistencia hasta la consumacion de los siglos.

¿Pueden darse autoridades más venerandas? Y si acaso no mueven al incrédulo porque todos éstos son héroes de la Iglesia, abra la historia profana, y en ella encontrará hombres de todas clases, estados y condiciones que sumisos creyeron y profesaron estas mismas creencias; mas ya que estoy hablando á un pueblo grande, justo es que le hable con sus mismos anales en la mano. ¡Oh incrédulo! Tú dices que eres espíritu fuerte, hombre grande é intrépido, porque desafías al cielo. ¡Miserable! Nunca serás ni tan fuerte ni tan grande é intrépido como los hombres que voy á nombrarte; nunca serás tan noble y heróico como los Alfonsos y Fernandos, quienes supieron exponer su vida por el honor de su pueblo, y miles de lauros ganáran en los campos de Sevilla, en las Navas de Tolosa, en los muros de Granada y en las márgenes del Guadalete; nunca serás tan heróico como los Sanchos, los Gonzalez, los Cides, los Guzmanes y los Cortés; nunca serás tan sabio como los Granadas y los Luises, los Vives y Lulios, los Puentes, los Calderones y Quevedos;

porque ¡ah! miéntras haya un palmo de terreno en la Iberia, miéntras exista en él un español, la bandera de la Cruz flotará en su brazo, y admirado de las grandezas de su pátria, hoy arruinada por la incredulidad, no podrá ménos de exclamar: ¡Gloria y prez eterna al gran Pelayo, que primero que todos se revistiera de valor para sostener la Religion é independenciam de su pátria! ¡Gloria y prez al piadoso y grande Cárlos I, que desde su trono dictára leyes á la Europa y al mundo! ¡Gloria y prez al invencible Felipe, que al protestantismo atacára en sus mismas trincheras! ¡Gloria y prez á tantos Reyes, cuyos nombres están para siempre esculpidos en tantas catedrales y templos como erigieron á la Religion, en tantas Universidades que fundaron para las ciencias, y en tantos monumentos benéficos que construyeron para la doliente humanidad! ¡Gloria y honor al pueblo atleta, que por siete siglos se sacrificára en defensa de su Religion y de su suelo!

Estas son las grandes autoridades en que reposa la fé del cristianismo. ¿Quién las atacará sin ser un demente? ¿Quién resistirá á su inmensa fuerza moral sin ser contado entre los enajenados? ¿Qué pruebas podrá aducir el incrédulo para sostener su error? ¿En qué autoridades se apoyará? En autoridades frívolas, despreciables y nulas.

Vergüenza debiera causar al incrédulo el nombrar los jefes de su secta; porque ¿qué eran estos hombres? Bellos espíritus, hombres agradables; sí, eran espíritus frívolos, jocosos y temerarios, que por medio de la sátira y el sarcasmo desnaturalizaban todas las cosas y convertian en ridículo las más respetables creencias de la humanidad; eran hombres romanceros, enciclopédicos, autores de dramas obscenos, hombres floreados que tenian una tintura de todo y no sabian nada; hombres despreciables por su vida y sus escritos; y, en efecto, ¿qué cosa hay más vituperable que la impostura, la obscenidad y la hipocresía?

Repasad los escritos de esos hombres, y apenas encontréis un hecho que no esté desnaturalizado, ni una fecha que no esté cambiada, ni un texto que se parezca á su original; ninguna secta clamó más por el imperio de la verdad, y ninguna profesó más la mentira; sí, la mentira y la calumnia era el arte de aquellos falsos sabios, con el cual pretendian abolir las verdades que ellos llamaban supersticiones; ¿quereis oirlo? Pero ántes pido perdon al templo santo dónde estoy: ántes debo deciros que estas palabras horribles que vais á oir, son de aquel cínico que enseñaba á sus discípulos la honestidad filosófica mientras él se revolcaba en los abominables excesos de la impureza; de aquel hipócrita que blasfemaba de Jesucristo y lo trataba de facineroso, y al mismo tiempo enseñaba á sus discípulos «que comulgasen como él comulgaba, para poder así desacreditar á mansalva la supersticion.» Oid, pues, al dogmatizante Platon de Ferney; oid las lecciones que daba á sus discípulos: «La mentira, dice este patriarca de la pretendida filosofía; la mentira es muy buena cuando hace bien, es decir, cuando destruye la Religion; es necesario mentir, no con timidez, no por un tiempo, sino siempre y con atrevimiento; mentid, amigos míos; mentid.» Esta era la doctrina de este maestro, y ciertamente sus discípulos no fueron ingratos á sus lecciones, pues desde entónces hasta hoy, cuantas veces ha sido atacada la Religion y sus ministros por los fautores de la impiedad, no se han empleado otras armas que la impostura y la calumnia, como pudiera demostrarlo con hechos bien recientes, teñidos aún con la sangre sacerdotal.

¿Pueden tales hombres servir de autoridad? No, ciertamente; su testimonio es frívolo, es despreciable, y es nulo; ¿qué mayor nulidad que el no tener principios constantes ni ideas fijas? Los escritos de esos filósofos no son más que un tejido de contradicciones; los discípulos ata-

can al maestro; unos corifeos se rien de los otros; el sábio de Ferney desprecia al filósofo de Ginebra; cada cual inventa teorías distintas, atacando las ajenas; unas y otras son pulverizadas tan pronto como salen á luz; ¿qué más? dos incrédulos no han estado jamás de acuerdo en un solo punto; un solo incrédulo no ha producido todavía un libro compacto, sólido y consecuente; en una obra destruyen lo que edificáran en otra, y á las veces vemos con asombro que en un capítulo el incrédulo es deísta, en el otro es ateo; aquí es escéptico, allí es defensor acérrimo de Confucio y de Mahoma; allí es católico, en otra parte protestante; hoy es partidario de la virtud y la ensalza, mañana aconseja el vicio con calor y entusiasmo. ¿Quién dicta tantos absurdos? ¿Quién hace de estos hombres unos Proteos? ¡Ah! El humor, las pasiones, la perversidad; un mismo hombre es alternativamente abogado de la humanidad y verdugo de ella; tan pronto predica la observancia de las leyes, como la rebelion y anarquía; tan pronto es panegirista de los derechos humanos, como del asesinato y del suicidio; con estos principios tan absurdos, con estas máximas tan opuestas unas á otras, un hombre no puede ser citado por autoridad venerable y sólida, y siendo éste el sello con que están marcadas las obras de los filósofos modernos, ciertamente su testimonio es nulo, vil, abominable y digno de la execucion y desprecio.

¿Qué consecuencia sacaremos de esto, amados míos?